

CAPÍTULO V

LA GUERRA CON LOS ESTADOS UNIDOS

México, inspirado en las trece colonias del norte, había hecho su parte para liberarse de España, y después de años de sangre derramada y lograr el éxito. En aprecio a la ayuda norteamericana y con el interés de ampliar las posibilidades de desarrollo económico, los primeros estadistas produjeron leyes que favorecían la inmigración de ciudadanos de los Estados Unidos a su vasto territorio de Texas y les otorgaban grandes extensiones de terreno con la única condición de que reconocieran la autoridad del gobierno mexicano.

El resultado fue una invasión de norteamericanos en las fértiles planicies, y nuevas dificultades para México. Los hombres pensantes vislumbraron la posibilidad de perder tan inmenso territorio frente a los ambiciosos colonizadores anglosajones. En efecto, el distinguido filósofo Alexis de Tocqueville, alertó sobre la amenaza con una profecía: “Si México no da los pasos necesarios para vigilar esta... provincia de Texas muy pronto dejará de pertenecerle”. Consecuentemente, por decreto de 1829, México prohibió la esclavitud, sabedor que los sureños, en particular, se dirigían al territorio texano; y en 1830, prohibió cualquier inmigración a Texas procedente de los Estados Unidos. Molestos por ese cambio de política, los texanos, auspiciados por sus vecinos norteamericanos, declararon la independencia de México en marzo de 1836.

El general Antonio López de Santa Anna marchó hacia el norte inspirado por la amenaza, pero fue derrotado y tomado prisionero por el general Sam Houston en la batalla de San Jacinto, el 21 de abril de 1836. Los texanos aseguraron así su independencia y erigieron la República de la Estrella Solitaria, esperando que al mismo tiempo se les otorgara la membresía a la Unión.¹

1 David Saville Muzzey, *History of Our Country*, Nueva York, 1946, pp. 319-320; Eugene Campbell Barker, *Mexico and Texas, 1821-1825*, Dallas, 1923, pp. 17-21 y 54-61.

Un sentimiento generalizado en los Estados Unidos favorecía la anexión de Texas y dejó a México en un estado de profunda preocupación, pues si Texas era admitida a la Unión habría poca esperanza de reclamarla para México. Más aún, los Estados Unidos habían expresado en más de una ocasión su interés en el territorio. En 1825, el presidente Adams ofreció a México un millón de dólares por Texas; el presidente Jackson elevó la oferta a cinco millones. Sólo que México no escuchaba tales proposiciones. Tampoco, se reconocía la independencia de Texas, acordada por Santa Anna mientras estaba prisionero.

La situación se volvió extremadamente seria cuando John C. Calhoun concluyó un tratado con el ministerio texano por el cual la República de la Estrella Solitaria se uniría a los Estados Unidos, no como estado, sino como territorio, pero el 8 de junio de 1844, el senado y la cámara desaprobaron los métodos arbitrarios y desecharon el tratado, basados, entre otras razones, en el temor de entrar en guerra con México. Sin embargo, en febrero de 1845, el presidente Taylor obtuvo el trámite de una resolución conjunta admitiendo a Texas como estado. Cuando el presidente Polk, el 29 de diciembre de 1845, firmó el acta de admisión, México estimó que había justas razones para declarar la guerra a su enorme vecino del norte.²

Las relaciones diplomáticas fueron rotas desde luego, no obstante que México no declaró la guerra de inmediato. Polk envió a John Slidell a México para resolver reclamaciones pendientes y la cuestión de los límites con Texas, con instrucciones de ofrecer a México la suma de 30,000,000 de dólares por Nuevo México y California. El presidente Herrera deseaba recibir y platicar con Slidell, pero sus enemigos lo llamaron traidor y por ello desistió llevar adelante una solución pacífica al problema.³

2 Muzzey, *op. cit.*, pp. 322, 325, 327.

3 Muzzey, *op. cit.*, p. 329; Bravo Ugarte, *op. cit.*, pp. 192-193; George L. Rives, *The United States and Mexico*, Nueva York, 1913, pp. 53-75; Thomas Ewin Cotner, *The Military and Political Career of José Joaquín de Herrera*, Austin, Texas, 1937, pp. 263-265.

Juan Álvarez estaba bien enterado del serio compromiso en que México se encontraba en 1845. Durante años había mostrado los disparates cometidos por sus compatriotas en sus relaciones con el coloso del norte. En especial, le parecía que los miembros de la legislatura nacional que habían abierto el flujo irrestricto de inmigrantes a las planicies de Texas habían cometido un grave error. Así lo planteaba en una carta a Riva Palacio:

La poca previsión de los Legisladores del año de 1824 nos trajo ese gran mal. Se propusieron éstos, con la ley de 18 de agosto en ese propio año, abrir un gran canal de riqueza que viniera de Texas a México y fue en viceversa, se abrió de México a Texas. Por él se nos han ido 8,000 soldados más o menos; con cuatro mil al sepulcro por la diferencia de climas y otros cuatro mil que han desertado de las filas llevándose los más de ellos hasta los fusiles.

“Estimó que este error había costado al gobierno cerca de 8,000,000 de pesos en gastos más otra cantidad aún mayor por concepto de intereses del dinero prestado. ¿Cuál ha sido la recompensa –se preguntaba– por tal inversión?: insultos, imprecaciones y deshonor debido a los malos cálculos de aquellos legisladores poco sabios. Entonces, Álvarez, al referirse a los colonos texanos, hizo dos simples, pero agudas preguntas: “Si nos han causado tanto malestar como resultado de nuestra invitación a que vengan y colonicen, ¿qué no nos harían si les hacemos la guerra en su territorio, a quinientas leguas de distancia?” y otra: “¿Perderemos Nuevo México y las dos Californias defendiendo a Texas?”

Para Álvarez, Texas se perdió en San Jacinto, y pelear para recuperarla, bajo las presentes circunstancias, le parecía la mejor manera de cometer un suicidio nacional. En el campo de batalla vio muchos hombres destrozados y desgarrados y había observado también las consecuencias fatales de la gangrena y de las amputaciones necesarias para salvar la vida. Comparando a Texas con una mano infectada, se preguntaba si no sería más inteligente cortar una parte, o incluso todo en lugar de tener que volver a hacer la operación en otros veinte años. “Baste ya de equívocos, que se corte la mano si no es

posible en una parte o en el todo cauterizado inmediatamente a fin de no dar lugar a que se repita igual operación”.

Sabía que no había suficiente dinero en el tesoro y convino con Paredes de que en la vida nada puede hacerse sin dinero. No existían suficientes soldados para embarcarse en una campaña contra los Estados Unidos, y si el ejército marchaba al norte, moriría de hambre sin pelear siquiera una batalla.⁴

A mediados de junio de 1845, Álvarez se encontraba más preocupado que nunca acerca de la campaña para repeler a los invasores y recuperar Texas. ¿Cómo es que México emprendería semejante empresa cuando faltaba, por completo el dinero, el principal elemento en cualquier guerra? No sabría Herrera que hacerlo lo expondría a la diaria censura de sus implacables enemigos. Lo que más perturbaba a Álvarez era el hecho de que el gobierno dependía de los “prestamistas tiburones” cuya hambre de riqueza resultaba inagotable. Una guerra de esta naturaleza podría durar veinte años y costar tanto como 20,000,000 de pesos.

Con menos pesimismo, Álvarez le delineó un plan a Riva Palacio que les permitiría mantener Texas si primero lograban retirar a los invasores. Llevaría mil familias, con sus menajes y los establecería en Nacogdoches. Allí construiría un fuerte sólido y una guarnición con el número de soldados necesarios para evitar que los inmigrantes se filtraran por las fronteras. Otro fuerte lo construiría en Austin, pero antes expediría un decreto para romper relaciones comerciales con los Estados Unidos, prohibir la introducción de productos manufacturados del norte y estipular la salida de los ciudadanos norteamericanos que vivieran en México, en donde ellos devoraban como sanguijuelas a los comerciantes y artesanos mexicanos.⁵

4 Álvarez a Riva Palacio, La Providencia, 22 de abril de 1845, en Archivo Riva Palacio, fólder 7, número 1702.

5 Álvarez a Mariano Riva Palacio, en *Ibid.*, fólder 8, número 1896, 20 de julio de 1845.

La última mitad de 1845, no permitió a Álvarez filosofar sobre el estado general de la nación. Eran demasiados problemas. Su actitud hacia el general Joaquín Rea se había suavizado un poco, y ahora consideraba que fue un ciego instrumento del partido de oposición. Personalmente deseaba renunciar a la comandancia militar, pero esto comprometería la situación financiera de su familia pues iría en "...perjuicio de la pobreza de mi familia, la que después de ocho años de constante trabajo en esta hacienda, y de economía y de sufrimientos de todo género se encuentra en peor condición que antes".⁶

Al final del año, el silencio de Riva Palacio inquietó a Álvarez. Pensaba que su amigo, al dejar el ministerio, estaría tan cansado de todo que hubiera decidido evitar la correspondencia. Pero Álvarez le aconsejaba que tal actitud no era adecuada, en especial a la vista de las condiciones del país, y que debería seguir manteniéndolo informado sobre las intrigas de los seguidores del *Tirano de México*, como llamaban a Santa Anna, así como de la posición adoptada por el gobierno. De hecho le rogaba a Riva Palacio lo enterara de todo lo que un hombre en el más oscuro rincón del país debería saber, comentárselo a "un hombre que puede cooperar en algo a la conservación del gobierno".⁷

Pareciera que Álvarez no reconociera qué tan seria resultaba la amenaza de Paredes a Herrera a partir de la última semana de diciembre. Es cierto que él mismo había sugerido los medios para estabilizar al nuevo gobierno: un triunvirato configurado por Santa Anna, Herrera y el general Rincón. El plan no tuvo éxito debido a la incompatibilidad del trío, y aun cuando Álvarez había escrito que la administración debería estar dispuesta para hacer un ofrecimiento, Paredes iba rumbo a la capital y Herrera se vería forzado a renunciar en una semana.⁸

6 Álvarez a Mariano Riva Palacio, La Providencia, 26 de octubre de 1845, en *Ibid.*, fól-
der 8, número 2026.

7 Álvarez a Mariano Riva Palacio, Acapulco, 23 de diciembre de 1845, en *Ibid.*, fól-
der 8, número 2065.

8 Cotner, *op. cit.*, p. 145. Se dijo que Paredes había pensado también en un triunvira-
to compuesto por él mismo, el general José María Tornel y el general Juan Almonte,
Ibid., p. 145.

El general Mariano Paredes y Arrillaga fue elegido presidente interino el 3 de enero de 1845, y se dio honestamente a la tarea de restaurar el orden en las distintas fases de la vida nacional: en el tesoro, en los caminos y en el ejército. Su éxito fue extraordinario, pero en un aspecto cometió un grave error, como fue permitir a la prensa toda la libertad para discutir la forma de gobierno que más convenía a la nación. Lucas Alamán, Sánchez de Tagle, Díez de Bonilla y Elguero aprovecharon la oportunidad para iniciar la publicación de *El Tiempo* en el cual iniciaron una cruzada periodística abierta en favor de la monarquía. El resto de los periódicos se unieron en contra y alzaron su voz, como si fuera una, para condenar la posición de *El Tiempo*. Paredes se dio cuenta demasiado tarde, cuando ya era muy difícil reparar el daño y ya se había debilitado su administración. A pesar de que prohibió discusiones subsecuentes a partir del día 14 de marzo, el daño estaba hecho y sus enemigos tenían elementos suficientes para conspirar su caída.⁹ Desde La Habana, Santa Anna escribía a sus amigos que él proporcionaría una constitución a “su pobre México”, expulsaría a sus enemigos, y partiría en veinticuatro horas. Declaró que favorecería la forma federal de gobierno, pero advirtió que el ejército no debería enterarse de esto, pues siempre sospecharía del federalismo. Señaló:

Por mi parte, tengo mucho adelantado, y cuento con las masas pero no quiero que se emprenda cosa alguna sino de acuerdo con los hombres más influyentes en las masas.

Sea, desde luego, nuestra divina unión del pueblo y ejército, como lo fue el año de 32... uno de los hombres con quien debemos contar, así lo veo, es su excelencia, el general don Juan Álvarez, un hombre que nunca entrará en compromisos con los monarquistas.

Santa Anna le avisó a su agente, Manuel Feulet, que escribiera a Juan Álvarez y le destacara la necesidad de unidad en la guerra contra los avances de la tiranía que Paredes, Alamán y “el resto de la pandilla” habían planeado para México con la ayuda de aquellos que antes habían dominado al país. Tenía especial interés de que Álvarez se convenciera

9 Bravo Ugarte, *op. cit.*, pp. 193-194.

que en asuntos de política, él, Santa Anna, estaba por encima de cuestiones y sentimientos personales, deseaba que Álvarez le escribiera, pues reconocía en él valor y los servicios prestados.¹⁰

En abril de 1846, Álvarez, preocupado por la falta de unidad en la nación y la inminente amenaza de guerra con los Estados Unidos, expidió un pronunciamiento proponiendo un triunvirato que reemplazara la debilitada administración de Paredes. Otra vez era Herrera, Santa Anna y Rincón. El plan era que gobernaran hasta la elección de un nuevo presidente; sin embargo, la revolución que debería considerar esta propuesta nunca la materializó, pues sus líderes no se pusieron de acuerdo.¹¹ Para mayo de 1846, Álvarez había iniciado comunicación con Santa Anna, quien lo impulsaba a presionar con su trabajo de rebelión y para que adoptara el plan que tenía el sostén de Gómez Farías y otros amigos de la libertad.¹²

Las actividades de Álvarez, nuevamente, trajeron como consecuencia la prisión de sus amigos liberales. Gómez Farías fue detenido por el gobierno y arrojado a la prisión el 20 de mayo, y allí lo mantuvieron

10 Manuel Feulet a Santa Anna, La Habana, 8 de marzo de 1846, en Archivo Gómez Farías, fólдер 49. Santa Anna no quiso jamás a Juan Álvarez, pero no dejaba de reconocer lo valioso que podía resultar el viejo liberal si se abordaba en forma adecuada. En sus *Memorias*, escritas años después, formuló el siguiente juicio sobre Álvarez:

“Álvarez perteneció a la raza africana por parte de madre y a la clase ínfima del pueblo. En su juventud sirvió de mozo de caballos al general don Vicente Guerrero, y a este caudillo debió el dominio sorprendente que llegó a adquirir en las montañas del sur, consolidado con crueldades de horrible celebridad.

Los gobiernos lo toleraban en ahorro de mayores males; yo mismo incurrí en esa debilidad hasta elevarlo a la clase de general”. Santa Anna, *Mi historia militar y política, 1810-1847*, memorias inéditas, México, 1905, p. 101.

11 Cotner, *op. cit.*, p. 154; Archivo de Justin H. Smith, t. IV, pp. 75-76. El 23 de abril de 1846, Paredes expidió una proclama declarando “guerra de defensa” la de los Estados Unidos. Rives, *op. cit.*, t. II, pp. 141-142.

12 Santa Anna a Gómez Farías, La Habana, 9 de mayo de 1846, en Archivo Gómez Farías, fólдер 49.

incomunicado debido a que resultaba sospechoso por estar vinculado a Álvarez y en contacto con Santa Anna y otros exilados. El gobierno de Paredes envió al coronel Mendoza al sur a atacar a Álvarez, sin percatarse que Mendoza y Santa Anna eran amigos cercanos y que las tropas enviadas se unirían a las filas de la rebelión tan pronto Santa Anna diera la señal.¹³ Sólo que Álvarez no había tenido mucho éxito con su revuelta y se quejó de que estaba rodeado de tropas enemigas: el general Ángel Guzmán en Tixtla, el coronel Joaquín Rea en Costa Chica, y el coronel Ángel Mendoza en Chilapa. Escribió que las cosas marchaban “sin que yo pueda hacer nada. Me faltan recursos y he tenido que dejar mis tropas en sus casas para que siquiera se mantengan de sus propios arbitrios... Sépanlo pues, así usted y nuestros amigos y vean si me sacan de esta comprometida posición en concepto de que con recursos yo aseguro el triunfo sobre las tropas que tocan este rumbo y llevar la guerra hasta la capital”.¹⁴

El 29 de julio, el mismo día que Paredes le entregó la presidencia interina a Nicolás Bravo, Álvarez seguía argumentando que no tenía dinero y que sólo perdía el tiempo. De hecho había avanzado en la revuelta. Sus agentes habían participado en la agitación de Mazatlán en la costa occidental en donde el coronel Rafael Téllez, enviado por Paredes para reforzar el puerto en contra de los invasores, lo traicionó y decomisó los barcos y suplementos destinados a la expedición de California, que ahora había sido invadida por los yanquis; había tenido éxito en lograr que el general Hernández rompiera con Paredes en Michoacán y alistado a un número considerable de indígenas en el sur que estaban dispuestos a acudir a la primera llamada.¹⁵

La noche del 4 de agosto, Paredes, con la esperanza de alcanzar las tropas enviadas a la frontera norte y regresar con ellas para sofocar la

13 Fermín Gómez Farías a Santa Anna, México, 29 de mayo de 1846, en *Ibid.*, fólder 49. Fermín era uno de los tres hijos de Gómez Farías.

14 Álvarez a D. I. S., La Providencia, lo. de julio de 1846, en *Ibid.*, fólder 49.

15 Álvarez a Manuel María Medina, Acapulco, 20 de julio de 1846, en *Ibid.*, fólder 49, Bravo Ugarte, *op. cit.*, p. 195. El 24 de abril de 1846, un destacamento mexicano

revuelta en la capital, abandonó la ciudad, pero fue capturado pronto, hecho prisionero y devuelto a la capital. El general Mariano Salas, líder del levantamiento en la capital, asumió la presidencia en forma interina, y de acuerdo con el compromiso que habían formulado con Gómez Farías, Santa Anna y Rejón, convocó a un congreso constitucional y restableció la Constitución de 1824 en forma provisional. Álvarez estaba satisfecho, pero no dispuesto a que otros se aprovecharan del éxito de lo que llamó “la revolución que con tanto sacrificios inicié el 15 de abril”.¹⁶

El derrocamiento de Paredes no alivió en el sur la situación de Álvarez, de momento. Rodeado de tropas enemigas había permanecido bien vigilado. Sin embargo, ahora estaba en posición de restablecer el control sobre la región siempre que los líderes que habían permanecido leales a Paredes se convencieran que el *coup d'état* había tenido completo éxito. El general Ángel Guzmán, quien se encontraba en Tixtla, había cortado la ruta del correo hacia la capital y logró mantener a Álvarez en desconocimiento de los hechos, llevó sus fuerzas hasta Chilapa, un centro conflictivo por la cuestión indígena, y tomó la determinación de presentar resistencia a Álvarez. Éste pidió a Guzmán que se reunieran en Chilapa, pero cuando Álvarez llegó con sus tropas, Guzmán había abandonado el lugar, llevándose a numerosos pobladores del lugar, incluyendo al prefecto. La presencia de Álvarez puso punto final e inmediato a los desórdenes, aun cuando existía agitación, no sólo en el sur sino en todo el país, en un momento en que las fuerzas debieron unirse para hacer frente a la amenaza de la invasión del norte.

cruzó el río Bravo y tendió una emboscada a un grupo explorador de norteamericanos, matando o hiriendo a 16. El incidente le dio al presidente Polk el pretexto que esperaba, y urgió al Congreso para que declarara la guerra de inmediato. El voto en la Cámara fue 174 a 14, y en el Senado 40 a 2. Polk firmó la declaración el 13 de mayo y la guerra dio comienzo. Los voluntarios más numerosos provenían de los estados del sur y del occidente. Muzzey, *op. cit.*, p. 330; Philip Young, *op. cit.*, pp. 343-344.

16 Bravo Ugarte, *op. cit.*, p. 197; Álvarez a Gómez Farías, Acapulco, 15 de agosto de 1846, en Archivo Gómez Farías, fólder 49.

De Chilapa, Álvarez preguntó a Riva Palacio si pensaba que México recobraría su honor, “si la nación volverá por su honor altamente mancillado en Matamoros por tal perfidia de la torpe y traidora administración de Paredes”. Álvarez creía que la causa del pueblo había triunfado por “el favor de la Divina Providencia” pero a menos que los liberales se unieran su causa se perdería para siempre y “como consecuencia precisa el monstruo del Norte nos tragará”.¹⁷

Tan pronto licenció Álvarez a su ejército en los últimos días de agosto, el gobierno de Salas le solicitó pacificara a los indios de Puebla, Oaxaca, México y Michoacán –una tarea quizá considerable– pero le confesó a Gómez Farías que no existía desorden excepto en Tlapa, Costa Chica y algunos pueblos de Oaxaca. Nada podía hacerse para remediar la situación en ese lugar, sin embargo, se dejó encargado del sur al general Joaquín Rea.¹⁸

Cuando el funesto 1846, llegó al final, Rea seguía siendo “una espina en la piel” para Álvarez, pues, con frecuencia, enviaba sus tropas a la línea que separaba las dos comandancias, robaba y causaba disturbios a la paz. Otro disturbio importante era la falta de fondos. Álvarez le escribió a Gómez Farías: “No se olvide de enviarme los 4,000 pesos que me prometió, pues aun cuando conozco el estado de las dificultades del tesoro... nuestras necesidades son enormes”.¹⁹

17 Álvarez a Mariano Riva Palacio, Chilapa, 25 de agosto de 1846, en Archivo Mariano Riva Palacio, fólder 9, número 2162.

Si Álvarez hubiera sabido que el día 31 de diciembre de 1845, Riva Palacio le había escrito a Juan Morales anunciándole gustoso que la administración de Herrera había sido derrocada; no le hubiera comentado sobre Paredes en forma tan franca. Paredes, después de todo, había hecho un trabajo notable al poner en orden al país en unos cuantos meses. Véase fólder 9, número 2075 de *Ibid.*

18 Álvarez a Gómez Farías, Guerrero, 2 de septiembre de 1846, en Archivo Gómez Farías, fólder 50. Gómez Farías fue designado secretario de Hacienda el 29 de agosto de 1846.

19 Álvarez a Gómez Farías, Guerrero, 8 de septiembre de 1846, en *Ibid.*, fólder 50.

Su confianza en que los indios se habían calmado fue, en cierto modo, prematura, pues en Tierra Caliente la agitación de algunos pueblos lo obligó a presentarse en octubre. Respecto a ello, le escribió al general Joaquín Rangel diciéndole que estaba seguro que se establecerían en paz, tanto porque resultaba necesario hacerlo así y, en especial, por el afecto que le tenían del cual había recibido mil pruebas que “me halagan y me llegan al corazón”.

Realizó un viaje a Zacatula, donde puso en orden las defensas de la costa, lo que le permitió regresar satisfecho a su comandancia en Acapulco,²⁰ en donde se enteró, para su satisfacción, que Riva Palacio había sido elegido miembro del Congreso Constituyente. Álvarez sentía que Riva Palacio sabría cómo oponerse a aquellos diputados que harían lo posible porque “la carta fundamental salga plagada de ideas añejas”. Solamente que sus cartas eran intermitentes y Álvarez estaba preocupado por lo que había dicho sobre el gobierno de Paredes y entonces escribió: “Si el triunfo obtenido no es de su aprobación dígamelo, o si en algo lo he ofendido, manifiéstemelo”.²¹

Al excluir a los moderados y a los conservadores de la elección de diputados, los federalistas dominaron en el congreso y no tuvieron problemas para elegir a Santa Anna y a Gómez Farías para los altos cargos. Santa Anna estaba en San Luis Potosí en aquellos momentos, preparando su ejército para enfrentar la amenaza del general Taylor en el norte, y por ello Gómez Farías tomó las riendas del gobierno.

En un intento desesperado en conseguir fondos a fin de sostener las fuerzas que Santa Anna trataba de reunir, Gómez Farías promovió una ley, el 11 de enero, en la que establecía la autorización al gobierno para vender en pública almoneda bienes propiedad de la iglesia hasta por 15,000,000 de pesos. La reacción no se hizo esperar. Santa Anna le reprochó tal medida

20 Álvarez al general Joaquín Rangel, Zirándaro, 9 de octubre de 1846, en *Ibid.*, fólder 50.

21 Álvarez a Mariano Riva Palacio, Teloloapan, 10 de noviembre de 1846, en Archivo Mariano Riva Palacio, fólder 9, número 2197.

en carta que envió desde San Luis Potosí, expresándole que no debería esperar ni un solo peso de tal medida y se preguntaba por qué Gómez Farías había decidido actuar de esa manera, cuando él se lo había prohibido expresamente. Los generales Ignacio Basadre y Manuel Gómez Pedraza iniciaron planes para librarse de Gómez Farías, pero este último no les dio el gusto cuando intentó desarmar a los polkos, acción que precipitó la rebelión que concluyó con la llamada a Santa Anna a la capital, la abrogación de la ley de 11 de enero, la salida forzada del reformista vicepresidente y la entrega del poder al presidente sustituto Pedro M. Anaya.²²

Pero, ¿cómo le fue a Álvarez, leal seguidor del nuevo régimen, durante el breve periodo de la administración de Gómez Farías? Se entiende que si Gómez Farías no le envió un solo peso a Santa Anna durante el primer mes del desempeño del cargo, las posibilidades de Álvarez de recibir ayuda financiera estaban reducidas a cero. Así escribió:

En la alternativa de ver perecer el hambre a esta guarnición o molestar a usted me he decidido por lo último. Le pongo ésta para manifestarle que según me escribe el Sr. Matute, no hay esperanza de que continúe la tesorería incluyendo a aquélla en los prorrateos diarios que se hacen a la de esa capital y como este abandono dará por resultado que hostigados de la necesidad esos soldados se deserten y dejen la playa abandonada, suplico a usted tome interés en que los citados prorrateos se vayan incluyendo a dicha guarnición.

Como si esta situación no fuera suficiente, los hombres de quienes Álvarez había obtenido 5,000 pesos prestados para apoyar sus tropas en el

22 Bravo Ugarte, *op. cit.*, pp. 193-199. Los polkos eran cuerpos de milicianos compuestos en buen grado por personas acomodadas que defendían los intereses clericales. Con un tratamiento adecuado hubieran sido un factor importante en la defensa del país, pero Gómez Farías sólo pensaba en la oportunidad de reformar y en la oportunidad que su posición le daba para darle un golpe a sus enemigos tradicionales: los clericales. (No obstante esta opinión del autor, la oposición del clero a participar en los gastos de guerra es un estigma de la iglesia católica. N. del t.) Parke asocia el nombre "polko" con la afición que tenían por el baile. Parke, *op. cit.*, p. 217; y Noll señala que deriva del nombre de James K. Polk, a quien los "polkos" ayudaban en esta guerra de agresión. Arthur Howard Noll, *From Empire to Republic, the Story of the Struggle for Constitutional Government in Mexico*, Chicago, 1903, p. 167.

difícil periodo de agosto de 1846, cuando Gómez Farías y Santa Anna luchaban por el poder, exigían la devolución de su dinero.

Se preguntaba cuáles principios deberían observarse durante la guerra pues “como no estoy en los principios que deban conservarse durante la guerra a que nos han obligado los malvados norteamericanos”. Nadie tomó el tiempo para explicárselo y él tuvo dificultades para imaginarlos. ¿Por qué el gobierno no había expedido un decreto expulsando a los norteamericanos que vivían en el interior del país? Por supuesto que le proporcionaban información al enemigo y, al mismo tiempo, se enriquecían a costa del país. Un decreto de tal naturaleza, de él a Álvarez, le daría a México mayor seguridad y le mostraría a los Estados Unidos la decisión de seguir adelante con la guerra a pesar de los reveses, “...porque en el estado en que se hallan las cosas la paz sería el mayor mal para la patria”.²³

Álvarez estimó como una torpeza de la ley de enero 11 involucrar a las propiedades de la iglesia. Le escribió a Gómez Farías, el 23 de febrero, expresándole que la ley había servido sólo como un pretexto para unir a los enemigos en su contra y que lo mejor sería abolirla y fijar contribuciones voluntarias, idea que permitiría la participación y apoyo del clero.

Le advertía a Gómez Farías que el asunto era tan delicado y serio que podría generar una revolución que arruinara al país.

Cuatro días más adelante sucedió lo que temía Álvarez y en menos de un mes su amigo ya estaba fuera.²⁴

23 Álvarez a Gómez Farías, 11 de febrero de 1847, en Archivo Gómez Farías, fólder 53.

24 Álvarez a Gómez Farías, Acapulco, 23 de febrero de 1847, en *Ibid.*, fólder 53.

Fayette Robinson al comentar sobre la caída de Farías expresa:

La conducta del clero en todos los asuntos políticos va más allá del desprecio. Mantenido durante siglos por el pueblo mexicano, se rehusaron a pagar un dólar para los gastos de guerra y tuvieron el poder para derribar de la vicepresidencia al hombre más puro y honesto de México, Valentín Gómez Farías, quien había sido electo desde el regreso de Santa Anna, y parecían estar dispuestos a ver que el gobierno se derrumbara sin hacer nada para sostenerlo. *Op. cit.*, pp. 341-342.

Al principio de enero de 1847, Álvarez hizo un sincero intento para unir al sur bajo el gobierno en la lucha contra el invasor. Por años la Costa Chica y la Costa Grande habían estado sueltas. El general Tomás Moreno fue enviado a la Costa Chica para conferenciar con los oficiales. Allí los sesenta reunidos exigieron que fuera el mismo Álvarez a conferenciar con ellos. La plática que les dio a los soldados de la Costa Chica, el 12 de enero de 1847, fue enviada a José María Tornel, ministro de Guerra el 26 de enero y publicada en *El Federalista* el 14 de febrero.

Álvarez enfatizó que, nuevamente, estaba en vigor la Constitución de 1824, la misma por la que habían luchado unidos en la guerra de independencia. Les dijo que su unión produciría algún día un estado poderoso (Guerrero) en la unión y les aseguró que nunca había sido su enemigo, como tampoco lo habían sido sus hermanos de la Costa Grande. La única esperanza para mantener la libertad, tal y como la veía, era dar a los hijos educación. La ignorancia era utilizada por hombres sin principios para forjar las cadenas que los mantendrían en la condición de siervos.

Para reforzar su argumentación, Álvarez les dijo que deberían unirse contra el enemigo perverso que pretendía arrebatarles su tierra y robarles su nacionalidad que habían ganado a costa de sudor y sangre en la lucha contra los españoles. Sí, su sagrada religión y aún sus esposas e hijos estaban en peligro de ser brutalmente sacrificados. Algún día las dos costas bajo la misma "tricolor" pelearían unidas y mezclarían su sangre antes de agachar la cabeza a la dominación extranjera. Ese día no estaba muy lejos. Bajo el liderazgo del benemérito general Santa Anna harían que las bestias infames y cobardes del norte mordieran el polvo.²⁵

Mientras tanto, México había sufrido una serie de derrotas en el norte y Santa Anna estado bajo terrible presión debido a la falta de

25 *El Federalista*, Morelia, la carta de Álvarez a Tornel fue publicada el 14 de febrero de 1947.

fondos y el manejo poco diestro de Gómez Farías en la capital. El general Scott tomó Veracruz el día 29 de marzo y avanzó hacia Puebla, donde entró el 14 de mayo.²⁶ Con cerca de 5,000 hombres Santa Anna había ocupado Puebla antes de que Scott apareciera a las puertas, pero la abandonó, diciendo que iba a enfrentar a los norteamericanos en Amozque donde las condiciones del terreno resultaban más favorables. En lugar de hacer esto, regresó a la capital para tomar las riendas del gobierno, dejando que Puebla sucumbiera sin dar batalla, a pesar de que Juan Álvarez a la cabeza de la División del Sur lo hubiera reforzado con 3,500 hombres en menos de dos semanas.²⁷

Santa Anna dejó a las tropas norteamericanas pasar sin molestia hasta Tlalpan, seguidos de cerca de 6,000 hombres de caballería bajo las órdenes de Álvarez. Cuando este último fue requerido por un miembro del Congreso para explicar dicha conducta, señaló que “estaba siguiendo las órdenes explícitas de Su Excelencia el presidente”.²⁸

Una de las debilidades más notorias de Santa Anna era su incapacidad para coordinar las actividades de sus generales. Muchos de ellos habían funcionado siempre en forma independiente, ya que no deseaban recibir órdenes de nadie, a pesar de que la suerte del país estuviera en juego. Independientemente del comandante en jefe, Valencia y Álvarez pusieron en funcionamiento un plan para que sus comandancias trabajaran íntimamente coordinadas. Álvarez delineó el plan al general Lino J. Alcorta, ministro de guerra, quien lo llevó a la atención de Santa Anna. Éste desechó el plan “bueno y patriota”, como podía ser, por un plan general que él mismo había ideado. Valencia no quedó satisfecho con la nota del ministerio de guerra, pues le había tomado tiempo convencer a Álvarez de que deberían unir sus fuerzas,

26 Joseph H. L. Charman, *A Land of Volcanoes; from Cortés to Alamán*, Milwaukee: Bruce [c. 1950], pp. 283-284.

27 Emilio del Castillo Negrete, *México en el siglo XIX*, México, 1891, p. 30.

28 *Ibid.*, p. 34. Castillo Negrete no da el nombre del diputado en cuestión.

y la nota de Santa Anna en que le informaba que debería cancelar las órdenes que le había dado a Álvarez constituyó una ofensa a su lealtad; además, tenía una amenaza velada que no era de su gusto. Santa Anna señalaba razones para estar a disgusto sobre ciertas cuestiones. Que las operaciones militares en el campo de batalla, si son dirigidas por muchas cabezas, no pueden dar buenos resultados. Que éste era el caso y quiera Dios que no suframos las funestas consecuencias.²⁹

En el parte de Álvarez sobre sus actividades del 6 al 23 de agosto de 1847, describe cómo el día 14 se encontró con Valencia en la hacienda de Chapingo, desde cuyas alturas podían observar los movimientos del enemigo en la cercanía llamada el Peñón, donde Santa Anna se encontraba estacionado. Valencia señaló que el enemigo estaba atacando y que hubiera resultado bueno para Álvarez poner a sus hombres en formación de batalla. Pero Álvarez reportó que, convencido de que el ataque existía, nada más, en la imaginación de mi compañía y por ello regresó a su campo, ordenándole a sus ayudantes indicaran a las brigadas que continuaran acuarteladas.

El parte de Álvarez indica el avance franco, sin obstáculos, del enemigo hacia las mismas puertas de México. Su estrategia consistió en enviar a los generales Ángel Guzmán y Ángel Pérez Palacios a reconocer y cerrar el paso a los rezagados, mientras él, en un punto ventajoso, podría ver la acción con los catalejos y llamar a sus hombres en caso de peligro. La de Álvarez era, sin duda, de una campaña precavida y los resultados modestos: cinco personas fueron puestas presas por vender suministros a los norteamericanos, tres mujeres detenidas por tratos sospechosos con los invasores; persecución de la

29 *Ibid.*, pp. 354-375. El día 12 ó 14 de julio de 1847, el general Winfield Scott envió 10,000 dólares a los agentes de Santa Anna como enganche por la paz que deseaba comprar al astuto general mexicano. Para mayores detalles del asunto, consúltese el acucioso documento preparado por Carlos E. Castañeda, *El proceso del general Scott*, México, 1949.

caballería enemiga que llevaba dos de sus espías; la pérdida de un capitán que fue muerto mientras sus hombres fueron presas de una emboscada del enemigo; excitar a los ciudadanos que aparecieran en el camino y proveerles armamento con el que atacar a los invasores. ¿Serían éstas órdenes de Santa Anna? Incluyó en su melancólico reporte el hecho de que llovía desde hacía varios días. La campaña había cubierto a Álvarez con algo de lodo pero con poca gloria, y los días por venir no servirían para aumentar su reputación militar. A las dos de la mañana del 24 de agosto de 1847, su división se dirigió a Guadalupe Hidalgo para unirse a la última trinchera que existía en defensa de la capital.³⁰

Álvarez ha sido duramente criticado por sus acciones en la batalla del Molino del Rey el 8 de septiembre de 1847. Debido a ello la explicación de su parte en el conflicto se presentará con cierta extensión, dando las acusaciones de sus críticos para redondear al cuadro. Consideremos su reporte en primer término.

Después de varios días en Guadalupe Hidalgo, recibió instrucciones de Santa Anna de marchar hacia Tacuba en la parte noreste de la ciudad de México. Así lo hizo peleando con el enemigo con quien tropezaba. En Tacuba recibió órdenes verbales de Santa Anna de proseguir hacia la *Hacienda de los Morales*. A su arribo vio al general Manuel Andrade, comandando el frente, a punto de entrar a la hacienda, y mandó al coronel Manuel Falcón a decirle a Andrade que resultaría mejor formar la división a campo abierto para que estuviera inmediatamente disponible si Santa Anna la necesitaba. Sólo que la

30 Negrete, *op. cit.*, pp. 375-390. Ese avance sin obstáculos del ejército norteamericano se llevó a cabo por el acuerdo entre Scott y Santa Anna. Este último vio la marcha hacia la capital como un medio para intimidar al Congreso y forzarlo a considerar una propuesta de paz. Santa Anna con 30,000 hombres comparados con los 10,000 de Scott, hubiera tenido una ventaja definitiva sobre su enemigo en caso de que el Congreso votara en contra del armisticio y una batalla campal se hubiera librado ante la ciudad. Castañeda, *op. cit.*, pp. 20-24.

respuesta de Andrade fue en el sentido de que no tenía la menor intención de recibir sugerencias de Álvarez. Andrade le dijo a Falcón, el emisario de Álvarez, que no reconocía ni su facultad para transmitir órdenes ni la de Álvarez para emitir las.

Álvarez reportó esta insubordinación a Santa Anna, bajo cuyas instrucciones actuaba, convencido de la ambición de Andrade de tener el mando. Álvarez se dio cuenta, con pena, que fue el orgullo de Andrade lo que motivó que considerara como una ofensa recibir órdenes de alguien que según él tenía una posición social por debajo de la suya. En su reporte a Santa Anna, Álvarez le dijo con llaneza que Andrade había tratado de ridiculizarlo por carecer del juego de palabras y estilo con que el que se engaña y ensalza y porque no usaba lazos ni corbatas alrededor del cuello.³¹

En la mañana del día 8, Álvarez había desplegado sus tropas de tal manera para no entorpecer el avance de la división de Andrade. El enemigo estaba en las montañas cerca de Chapultepec y Álvarez le ordenó al general Julián Juvera y al general Ángel Guzmán atacar el flanco, sabedores que la división de Andrade cargaría al frente como había sido planeado. “Aquellos generales ejecutaron sus movimientos y mi corazón latía de gozo cuando escuché las vivas de entusiasmo de las tropas al gobierno y a su patria”. Pero entre más urgía Álvarez que se afanaran, mayor era el temor de que Andrade llegara después de que el momento propicio hubiera pasado. Apresuró al general Tomás Moreno a otros miembros de su equipo de trabajo para que apuraran a Andrade para el ataque; sólo que Andrade no hizo ningún movimiento hasta que el enemigo, recuperado de la confusión inicial, dirigió su artillería contra las fuerzas que atacaban el flanco. La tropa de Guzmán y de Juvera, al no encontrar apoyo de Andrade, rompió la formación y retrocedieron, a pesar de la noble acción de los generales Torrejón y Guzmán, quienes estaban al frente de sus tropas dirigiendo el ataque.

31 *Ibid.*, p. 319.

Señaló Álvarez en su parte, que los ataques de caballería resultaron precisos e instantáneos y que sólo se pueden realizar cuando la fuerza enemiga está siendo vencida. Si Andrade hubiera efectuado el ataque frontal por el flanco el enemigo hubiera caído en el desconcierto. Álvarez se lamentaba en su reporte que hubiera deseado aprovechar la gran oportunidad, pues por su honor el presidente, general en jefe de las fuerzas, le había encargado la operación, pero la cobardía del general Andrade le permitió al enemigo huir de su alcance.

Era tal el decaimiento moral de los hombres de Andrade que cuando, al final, cercaron al enemigo, una bala de cañón, que cayó cerca del regimiento de húsares, fue suficiente para desorganizarlos y para hacerlos huir de tal manera que bloquearon el camino e impidieron que la tercera brigada de Ángel Pérez Palacio, a pleno galope, reforzara el ataque e hiciera contacto con el enemigo. En ese momento, Álvarez se dio cuenta que el enemigo se estaba reorganizando y para ocupar puntos de ventaja, decidió llevar sus tropas a plena vista del enemigo para tratar de distraerlos del ataque al castillo de Chapultepec. En consecuencia, ordenó al coronel Benito Haro decirle a Andrade que permaneciera donde estaba, pero otra vez fue desobedecido, y así su señoría se separó con la vanguardia de su división, lo que causó que otros grupos los siguieran hasta que “ordene al general Tomás Moreno detenerse después de que hubiese pasado los muros de la huerta de los olivos en la Hacienda de los Morales”.

Álvarez trató una vez más de desalojar al enemigo de su posición en las lomas y sabedor de lo poco que podía esperarse de Andrade, lo sustituyó con el general Anastasio Torrejón. Andrade no objetó ser relevado del mando, no defendió sus derechos, sino que se sometió a Torrejón. Aquella noche, no obstante, tuvo la audacia, conforme a Álvarez, de preguntar a qué se debía que las órdenes se le dieran a Torrejón y no a él mismo, toda vez que él era el comandante en jefe de la división. Dice Álvarez que usó la prudencia, que le era propia por naturaleza, y le indicó que el general Torrejón era el comandante de la

división que Andrade consideraba propia y que debía, conforme a las indicaciones de Su Excelencia, el presidente, comandante en jefe, retirarse y presentarse al cuartel.

Álvarez reportó, con satisfacción, la conducta de los oficiales bajo su mando: Ángel Guzmán, Ángel Palacios, Julián Juvera, Anastasio Torrejón, Stávoli y otros que “cumplieron con mis órdenes y con su deber sin formular comentario alguno” durante el resto de la batalla.³²

Santa Anna, siempre injusto con el viejo veterano del sur, da en sus *Memorias* cuenta de la batalla del Molino del Rey con un saldo negativo para Álvarez. Después de señalar que los invasores perdieron cerca de mil hombres en veinte minutos de pelea y se vieron obligados a retroceder en desorden hasta Tacubaya, agrega:

Si en tan propicio momento, el general don Juan Álvarez da la carga que debió dar, la derrota del enemigo hubiera sido completa. Este suceso, por su importancia, merece explicación: Álvarez, con cuatro mil caballos, estaba situado en terreno escogido para maniobrar y con instrucciones diminutas; tuvo al enemigo de flanco a tiro de fusil en desorden; pero como si nada tuviera que hacer, mantúvose espectador montado en su mula. Los jefes de tan brillante caballería en vindicación de su honor comprometido pidieron: “que un hecho tan escandaloso se juzgara en consejo de generales”. Conocí el error que cometí por haber puesto a la caballería a las órdenes de tan inepto general, y dispuse luego su destitución: las circunstancias no permitieron lo demás.³³

Otra versión describe cómo la fuerza que decidiría la batalla para México estaba bajo el mando de Álvarez y se localizaba en la propiedad de Morales, a menos de una legua de distancia de Chapultepec. En la tarde del 8 de septiembre, el general Santa Anna ordenó a Álvarez quedarse estacionado a tiro de pistola de la Casa Mata y le instruyó atacar al enemigo por el flanco izquierdo a una señal dada. El terreno

32 Castillo Negrete, *op. cit.*, pp. 320-324. Este parte de sus actividades alrededor de Chapultepec fue enviado por Álvarez al Ministerio de Guerra desde su cuartel general en Puebla el 25 de septiembre de 1847.

33 Antonio López de Santa Anna, *op. cit.*, p. 75.

era absolutamente plano y propicio para llevar adelante semejante acción. Santa Anna mismo situó las tropas confiado y seguro de la victoria. Las instrucciones a Álvarez eran precisas, pues le mostró exactamente dónde debería realizar el ataque. Cuando llegó el momento de iniciar la carga de caballería, el capitán Schafino, el licenciado Juan José Baz y el coronel Romero fueron enviados con Álvarez, dándole indicaciones de que hiciera la carga. Sólo que no lo hizo excusándose al decir que algunos de sus hombres se rehusaron a obedecer y otros disculpándose por el terreno en mal estado. Entonces su caballería tomó otro camino, tratando de cruzar un sector casi impenetrable. Una fuerza de caballería, bajo el mando del mayor Summer, entró al terreno marcado por Santa Anna, demostrando así que la estrategia de Santa Anna hubiera dado resultado si se hubieran seguido sus órdenes.³⁴

Zamacois culpa a Álvarez por su conducta en el Molino del Rey, señalando que la derrota se debió a su falla en cargar cuando recibió la orden insistente. Señala el historiador español que la falta de decisión del jefe privó a los mexicanos de una victoria total sobre sus enemigos. Además, agrega, que cuando Nicolás Bravo vio a Álvarez en el Castillo de Chapultepec que no cumplía con su deber, no pudo evitar lamentarse que no hubiera un jefe intrépido al frente de la caballería. El viejo general Aguirre le escribió después a Bravo para comentarle que todo lo que hizo falta fue un líder “determinado y arrojado”.³⁵

Hubert Howe Bancroft, al referirse a la derrota de México en esta batalla con los Estados Unidos, señala:

La falta de éxito debe atribuirse, primero que nada, a la falta de liderazgo... que se manifestó en la insubordinación y negligencia de Valencia, la inactividad de Santa Anna en Padierna y su falta de firmeza y previsión en subsecuentes

34 Ramón Álvarez, ed., *Apuntes para la historia de la guerra entre México y Estados Unidos*, México, 1846, pp. 292-298.

35 Zamacois, *op. cit.*, t. XII, pp. 797-798. Para esta época Zamacois no puede considerarse fuente primaria, pues todavía no llegaba a México.

encuentros y en la pasividad de Álvarez. Otras causas pueden encontrarse en la organización defectuosa y la incapacidad técnica de las tropas, la mayor parte de sus integrantes reclutas y milicianos inexpertos, con armas de inferior calidad, todas estas circunstancias que aumentaron la gloria en la defensa de Churubusco, Molino del Rey y Chapultepec.³⁶

Aun cuando en esta fecha,³⁷ es muy difícil señalar con precisión la causa de la derrota en el Molino del Rey y el peso de la evidencia en contra de Álvarez, es interesante resaltar nuevos hechos: que Álvarez, en su defensa, no utilizó como armamento la condición del terreno; que la insubordinación de Andrade fue el factor decisivo del desastre; que Manuel Andrade estaba, de hecho, suspendido del mando y sujeto a consejo de guerra, durante la presidencia de don Manuel de la Peña y Peña y Santa Anna le ordenó entregara el mando al general Manuel Rincón o a Juan Álvarez dependiendo quien estuviera disponible. Esto adicionado al hecho de que Álvarez fue designado comandante general en el Estado de Puebla, en cuya capital los norteamericanos estaban fuertemente pertrechados, demuestra que el gobierno tenía confianza en la habilidad e integridad de Álvarez. El cargo de que Álvarez se paralizó por miedo está fuera de todo lugar; había demostrado su valor en muchos campos, quizás en demasiadas batallas para que alguien le dé crédito a esta afirmación.³⁸

Con la capital ocupada por los norteamericanos y la mayor parte del ejército mexicano destruido, aprisionado o disperso, aquellos que quedaron se dividieron en dos partes: un grupo bajo Herrera, que se

36 Bancroft, *op. cit.*, pp. 522-523. Las afirmaciones de Bancroft son dudosas hasta el punto de que se ha negado a mencionar un factor que ha sido motivo de debilidad constante en las fuerzas armadas mexicanas y que es el celo y odio que se dispensaban entre sí los generales. Años de luchas fratricidas habían creado dicho antagonismo que incluso la amenaza de invasión extranjera no pudo borrar. Hubo generales que prefirieron que los yanquis ganaran una batalla antes de darle el crédito de una victoria a un general con quien llevaban años peleando.

37 Esta obra terminó de escribirse en 1958 (N. del t.).

38 Bancroft, *op. cit.*, pp. 532-533; Manuel Rivera, *op. cit.*, p. 12.

dirigió a Querétaro; y el otro bajo Santa Anna, que partió hacia Puebla. El ejército de Santa Anna estaba a su vez dividido, su sección partió hacia Puebla vía Toluca y llegó el 21 de septiembre; la otra, bajo el mando de Álvarez, llegó dos días después. La estrella de suerte de Santa Anna se había apagado, y sufrió derrota tras derrota, al grado de que entró en profunda depresión. Sus planes se echaron por tierra. Tres mil norteamericanos formaron un convoy que pretendía llevar suministros a Puebla, lograron evadirlo y entraron a la ciudad; Álvarez, que sitiaba a Puebla, fue forzado a abandonar ese intento en los primeros días de octubre. Santa Anna, al hablar de las deserciones de sus hombres durante la fase de la campaña de Puebla, da un involuntario tributo a la magnanimidad de Álvarez. Había dicho que pensaba dar un escarmiento a los cobardes desertores que aprehendió, pero que “las prudentes reflexiones del general Álvarez lo detuvieron”.³⁹

Poco después, en respuesta al ministro de Guerra, Luis de la Rosa, sobre la orden de que entregara el mando a Rincón o Álvarez y se sometiera a juicio por la desastrosa derrota en la campaña, Santa Anna escribió al propio ministro de guerra el 16 de octubre de 1847, para decirle que ese mismo día había ordenado al general Isidro Reyes, segundo comandante de ese ejército, que se hiciera cargo del mismo y mantuviera tal posición hasta que devolviera la fuerza al supremo gobierno, dado que el general de división Manuel Rincón no había aparecido y se desconocía su paradero. Que don Juan Álvarez, del mismo rango, se encontraba en Atlixco donde no es fácil avanzar con artillería pesada, toda vez que había más de 400 invasores en Puebla.⁴⁰

39 Manuel Rivera, *op. cit.*, pp. 5 a 9; Negrete, *op. cit.*, pp. 314-315.

40 *Colección de los documentos más importantes relativos a la instalación y reconocimiento del gobierno provisional del excmo. Sr. presidente de la Suprema Corte de Justicia, don Manuel de la Peña y Peña, México, 1847*, pp. 52-54. El presidente provisional De la Peña y Peña le entregó el cargo al presidente interino Pedro María Anaya, el 11 de noviembre de 1847. Philip Young afirma que Santa Anna le entregó el mando a Álvarez, *op. cit.*, p. 544.

La caída de la capital había traído como consecuencia la ruina de Santa Anna y puesto en el poder a un gobierno que deseaba la paz. Nicholas Rist, representante de Polk en México, cerró con los comisionados mexicanos el Tratado de Guadalupe Hidalgo, el 2 de febrero de 1848, mediante el cual México aceptó una nueva frontera y perdió Texas, Nuevo México y California y recibió a cambio 15,000,000 de dólares, más el compromiso del vencedor de cubrir reparaciones de guerra a los norteamericanos en contra de México por la cantidad de 3,250,000 pesos.⁴¹ La guerra había concluido y México se encontraba en bancarrota financiera, económica, social y moral.⁴²

Puebla estaba infestada de bandidos; Veracruz desecho por la batalla contra los invasores; el Estado de México, tan desleal y mezquino en su apoyo, que Álvarez tuvo que licenciar a varios cuerpos de tropas, pues carecía de recursos; Michoacán con los indígenas en continuas revueltas y con la determinación de tomar propiedades de los hacendados; Querétaro, con desertiones escandalosas; Jalisco, leal; San Luis Potosí, ayudando al gobierno al tratar de sofocar las revueltas y los levantamientos de los indígenas; Zacatecas sin un solo fusil y sitiado por hordas de indígenas.⁴³

Álvarez recibió órdenes de acabar con las bandas de asaltantes que infestaban el Estado de Puebla, en donde debido a la falta de armas, la gente se había convertido en la prenda de los diarios asaltadores de caminos. El gobierno no se equivocó en su selección; habituado durante años de vivir en la selva y ayudado por expertos rastreadores indígenas, Álvarez tuvo en poco tiempo a las bandas de forajidos bajo control.⁴⁴

41 México perdió cerca de dos millones y medio de kilómetros cuadrados. Debe mencionarse que también se perdió parte de Tamaulipas (N. del t.).

42 Young, *op. cit.*, pp. 553, 559-567.

43 Castillo Negrete, *op. cit.*, pp. 401-407. Informe de Anaya sobre el estado que guarda la nación en mayo de 1843, como lo cita Castillo Negrete.

44 *Ibid.*, p. 406.

Aun cuando Juan Álvarez podría parecer una persona poco apegada a su querencia, lo cierto es que en el sur no se podía prescindir de él. La conducta de su antiguo amigo Francisco Olaguíbel, gobernador de México durante la guerra, le había producido enorme indignación; el gobernador de aquel estado tan rico y poderoso había ordenado que no se obedeciera ninguna orden del gobierno federal y tuvo la temeridad de negar hombres y el uso de artillería al supremo gobierno en las horas de mayor necesidad.⁴⁵ Además, había insultado personalmente a Álvarez en una carta sin firmar que le envió. Álvarez pensó que las cosas habían ido demasiado lejos. El viejo federalista estaba irritado por la visión estrecha y estricta del federalismo de Olaguíbel y decidió darle una lección. Antes de hacerlo debía calmar un levantamiento indígena. Esto lo logró “con sólo mi permanencia de tres días en la Villa de Chilapa en donde se me presentaron más de doscientos alcaldes, manifestándome el engaño con que los habían hecho saltar a la arena”, y después marchó contra Olaguíbel.⁴⁶

La historia sólo registra que durante enero de 1848, Juan Álvarez encabezó un breve pero efectivo movimiento que derrocó a Francisco Modesto Olaguíbel como gobernador del Estado de México. Concluida la guerra con los Estados Unidos, y superada la ofensa personal con Olaguíbel, Álvarez podía volver la mente hacia su proyecto predilecto: la erección del nuevo Estado de Guerrero.⁴⁷

45 Bravo Ugarte, *op. cit.*, p. 200.

46 Álvarez a Mariano Riva Palacio.

47 Philip Young, *op. cit.*, p. 552. El Congreso había expedido en 1846 la ley para la erección de un nuevo estado.